



Trastocando el mal. La culpa y el pecado en la literatura femenina mexicana Ma. del Carmen García Aguilar*

El Mal no es algo extraño o ajeno a la esencia humana, algo extrahumano 'demoníaco' o 'bestial'; algo de lo que no nos podamos desprender (o de lo que no podamos responder), como si fuese otra naturaleza que no nos pertenece o define.

Juliana González

La intención de este trabajo es mostrar cómo la literatura participa, a través de sus descripciones, en la conformación, reforzamiento o crítica de las prescripciones de orden moral y social; y cómo la literatura puede influir en la preservación de las estructuras sociales y morales en tanto que delinea ficticiamente formas de conducta fácilmente identificables con la realidad, permitiendo diversos tipos de enjuiciamiento moral.

Las condiciones sociales, económicas, culturales, políticas y un largo etc., que identifican nuestra época, nos ofrecen un campo favorable y extenso no sólo para la reflexión y el análisis, sino también, para la búsqueda de ciertos mecanismos de poder enclavados en las estructuras socioculturales que determinan las relaciones y roles de mujeres y hombres para evidenciarlos, y de ser posible, transformarlos. Nos encontramos en un momento en el que la realidad se nos presenta como un período de grandes cambios y movimientos precipitados que perturban todos nuestros contextos. Se están modificando como producto de estos cambios, nuestras jerarquías valorativas, nuestra concepción del mundo, nuestra visión de la realidad y las mujeres no escapamos a ello, es más, muchas de estas transformaciones las hemos provocado. En la actualidad es perceptible también un alejamiento de la tradición, de la moralidad legendariamente aceptada, de los parámetros universalistas; en este sentido Günter Blöcker plantea que:

*María del Carmen García Aguilar, Tiene una maestría en Filosofía. Profesora Investigadora Titular de la Facultad de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (México). Fundadora y Coordinadora del Centro de Estudios de Género de la misma Universidad. Sus líneas de investigación son feminismo, género, filosofía y estética, temas sobre los que ha escrito numerosos artículos para libros y revistas nacionales e internacionales. Su último libro es *Un discurso de la ausencia. Teoría y crítica literaria feminista*, Puebla, Secretaría de Cultura del Estado de Puebla, 2002. Es vocal de la Asociación Filosófica de México, A. C. Integrante de la Asociación Mundial de Mujeres Periodistas y Escritoras (Capítulo Puebla) A. C., de la Asociación Internacional de Literatura Femenina Hispánica y del Círculo Mexicano de Profesores de Filosofía, A. C. Contacto: maricarmen_ga@yahoo.com



Cuando la moral se manifiesta raída, los ideales resecos, los ejemplos faltos de ejemplaridad, no se deduce necesariamente que hayan caído todas las contenciones, puede haber un nuevo código en elaboración, pueden estarse buscando nuevos valores estén donde estén nuestras simpatías, la verdadera tradición, y no el nuevo tradicionalismo se halla sólo donde se pueda instrumentar, sin pasos de resentimiento un encuentro de las viejas circunstancias con las nuevas realidades. (Blöcker 1969:10-11)

Lo que significa que ningún cambio, por rápido, por vertiginoso y por radical que nos parezca, puede cambiar nuestra valoración tajantemente, de ahí que las nuevas realidades siempre tengan relación con el pasado en su tránsito constructivo. ¿Puede la literatura participar en estos cambios y tender estos puentes?

Si la literatura tiene la libertad y la posibilidad de poder variar al infinito su relación con la realidad, entonces puede ofrecernos una gama de pluralidades en la adaptación de situaciones sociales, logrando una identificación que confirma muchas veces, un sistema de valores (como los éticos y morales) ya aceptados, o bien permite la resignificación de los modelos tradicionales. Dada nuestras circunstancias de transmutación, resulta realmente atractiva esta relación.

En este juego de posibilidades la realidad simbólica e imaginativa se diversifica ampliando en gran medida las líneas de análisis; la magnitud de estas circunstancias nos obligó a acotar el ámbito de nuestras referencias y -sin dejar de reconocer el gran avance internacional que ha tenido la literatura escrita por mujeres, inmersas en toda una gama de corrientes literarias, estilos y temas que constatan esta posibilidad de expresiones-, sólo utilizaré algunos modelos literarios de escritoras mexicanas cuyos personajes protagónicos son mujeres, que además son prototipo de enjuiciamiento y valoración moral.

Para abordar esta problemática partiré de la perspectiva moral. En ella se conjugan tres elementos que determinan nuestra acción: la esfera de lo obligatorio, lo permitido y lo prohibido; identificándose el 'bien' con lo obligatorio por su vinculación con el deber y el 'mal' con lo prohibido o vetado; importando sólo circunstancialmente si se hace o no, lo permitido, no obligatorio. De ahí que hablar del 'mal' nos ubique en la esfera de lo prohibido; pero prohibido ¿para quién?, ¿para qué sociedad?, ¿en qué, contexto? El mal como 'lo prohibido' se nos presenta a través de múltiples manifestaciones, géneros y perspectivas; sin embargo frecuentemente concebimos este 'mal', como la síntesis de todos los valores negativos, es decir, como lo profano, lo feo, lo falso, lo injusto, etc., o bien lo describimos como lo inmoral, infiel, traición, hipocresía, vulgaridad, mediocridad, vacío, perversidad, crueldad, vileza, infamia, indigno, depravación,



etc.; estas formas en la literatura cobran vida, se nos presentan de manera palpable, permite nuestros enjuiciamientos, condenas o aprobaciones; y como la ficción sirve también a la conservación de nuestras estructuras sociales y morales, nos permite redescubrir las a través de las/los protagonistas como lo verdaderamente válido que nos conduce a un estatus modelo.

En este esquema de moralidad, una característica que se ha apuntado como propia de las mujeres y que define su obligatoriedad, su 'deber ser', es su sentido de 'responsabilidad'. La responsabilidad moral de las mujeres tiene que ver con el cuidado al marido, los hijos y del hogar; es ahí donde radica el mayor compromiso que debe asumir. Por ello se ven en la necesidad de vigilar, a cualquier costo, el no violentar esta normatividad, ya que quebrantarla significa el delito y por derivación la culpa. En este sentido, podemos decir que todavía existen mujeres que, como lo apunta Carol Gilligan:

Se sienten excluidas de toda participación en la sociedad, se consideran sujetas a un consenso o juicios hechos e impuestos por los hombres, de cuya protección y apoyo dependen y por cuyos apellidos son conocidas, la ausencia de la decisión moral es el ejercicio de la elección y la disposición a aceptarles responsabilidad de dicha elección [...] La 'buena mujer' evade toda afirmación, negando su responsabilidad al afirmar sólo que satisface las necesidades de los demás, mientras que la 'mala mujer' abandona o renuncia a los compromisos que la atan al auto engaño y la traición. Es precisamente este dilema -el conflicto entre compasión y autonomía, entre virtud y poder- el que la voz femenina trata de resolver en su esfuerzo por reclamar su Yo y resolver el problema moral de manera que no dañe a Nadie. (Gilligan 1982:116-117)

En *El huésped* (1985), cuento escrito por Amparo Dávila (1928), la protagonista es una mujer casada que se siente impotente ante el dominio de su marido, al cual no puede y no DEBE contradecir. La protagonista se ve envuelta en una pesadilla originada por su propio esposo cuando éste trae a casa a un hombre de aspecto repugnante que no sólo la intimida a ella, sino a los demás miembros de esa casa, a quienes intenta hacerles daño bajo la 'mirada aprobatoria' del marido. Retomaremos sólo algunos de los pasajes de este cuento que ilustran dicha situación. La protagonista declara que:

Nunca olvidaré el día en que vino a vivir con nosotros. Mi marido lo trajo del regreso de un viaje. Llevábamos entonces cerca de tres años de matrimonio, teníamos dos niños y yo no era feliz. Representaba para mi marido algo así como un mueble, que se acostumbra uno a ver en determinado sitio, pero que no causa la menor impresión [...]



48 · 54 *Trastocando el mal.*

Mi marido no tenía tiempo para escucharme ni le importaba lo que sucediera en la casa. Sólo hablábamos lo indispensable. Entre nosotros, desde hacía tiempo el afecto y las palabras se habían agotado.

Pensé entonces en huir de aquella casa, de mi marido, de él... Pero no tenía dinero y los medios de comunicación eran difíciles [...] (Dávila 1985:17 y 23)

Así que un día, aprovechando un viaje de su marido, junto con su sirvienta, decidió tapiar la puerta del cuarto donde dormía 'el huésped'. Los días subsiguientes, nos narra la autora, fueron horribles, pues el cuarto se quedó sin luz, sin aire y desde luego no volvieron a darle alimento. Los primeros días oían como el huésped gritaba desesperado y arañaba la puerta y se golpeaba contra ella. A los pocos días cesaron los ruidos, sin embargo ellas decidieron esperar aún más para abrir. Cuando el marido regresó, lo recibieron con la noticia de que 'el huésped' había muerto repentinamente.

En estos pasajes puede percibirse la conjugación de diversos elementos de valoración moral: el asesinato, y las causas que lo originaron; las circunstancias que el marido obliga a vivir a la esposa; la falta de capacidad de ella para buscar otro tipo de soluciones. En la jerarquía de valoración moral de la autora, la responsabilidad como cónyuge y madre jugó el papel más importante, pero la solución encontrada puede no tener la misma connotación. ¿Se puede justificar el asesinato a través de un acto en defensa propia y de responsabilidad protectora y extrema?, ¿puede el asesinato justificarse con tal de no perturbar la relación con el 'otro?', ¿existen para las mujeres soluciones alternas que les permitan escapar de las prisiones culturales sin 'culpa' por el incumplimiento de su 'responsabilidad'?

Otro elemento sobre el cual vale la pena reflexionar es cuando el mal se asocia a la debilidad de espíritu, también considerada propia de las mujeres, debilidad que las hace presa fácil de la seducción. Graciela Hierro apunta que:

Se considera que el mal moral es el resultado de la debilidad fundamental de la naturaleza humana, de la incapacidad que tenemos de dominar la pasión. Por tanto, el 'sexo débil' por antonomasia es el que más falla (San Pablo). Las mujeres estamos siempre a merced de nuestra pasión. ¿Cómo negar que somos a-pasionadas? (Hierro 2001:87).

Estos razonamientos nos permitirán pasar al siguiente modelo literario, el cuento escrito por Inés Arredondo (1928-1989), *La sombra* (1990), en donde la protagonista es una mujer casada



también y cuyo marido le es infiel. La narración se presenta en forma de autorreflexión para justificar el silencio al que el marido sometía a la protagonista. Ella deseaba que él se diese cuenta de su presencia, pero no sucedía así, la veía como un objeto, de tal suerte que incluso una discusión resultaba inútil, nunca la escuchaba. Agobiada en estas sensaciones sale en algún momento de su casa y se dirige a un jardín en donde es vista insistentemente por tres pordioseros, después de verlos reflexiona:

Desvié la mirada y me estremecí [...] No pude levantarme, seguí ahí, con los ojos bajos, sintiendo sobre mí la condenación de aquellas miradas, de aquellos pensamientos que me tocaban y me contaminaban. No podía, no debía huir; la tentación de la impureza se me revelaba en su forma más baja y yo la merecía. Ahora no era una víctima, formaba un cuadro completo con los tres pepenadores; era, en todo caso, una presa, lo que se devora y se desprecia, se come con glotonería y se escupe después. Entre ellos y yo, en ese momento eterno, existía la comprensión contaminada y carnal que yo anhelaba. Estaba en el infierno. Impura con un dolor nuevo, pude levantarme al fin cuando el sol hizo posible otra vez el movimiento, el tiempo, y ante la mirada despiadada y sabia de los pepenadores, caminé, lentamente, segura de que esta experiencia del mal, este acomodarme a él como a algo propio y necesario, había cambiado algo en mí en mi proyección y mi actitud hacia él, pero que era inútil, porque entre otras cosas, él nunca lo sabría. (Arredondo 1990:104-109)

Pero ¿Por qué nunca lo sabría? porque de ninguna forma ella hablaría o porque igualmente sería ignorada, o será porque, como críticamente apunta Graciela Hierro: “Cuando las mujeres inician el mal, la acción de los hombres las devuelve al bien” (Hierro 2001:88). Hasta hace poco, esta era la prescripción ética tradicional aplicable a las mujeres. Por lo tanto, esta perspectiva ética tradicional, se refuerza con la designación del ‘deber de las mujeres’ impuesto por las culturas patriarcales. Carol Gilligan plantea “que ésta se da también en el sentido de que “Causar un daño es considerado como egoísta e inmoral en su reflejo de falta de interés, mientras que la expresión de cariño es interpretada como realización de una responsabilidad moral”. (Gilligan 1982:118-122)

En esta misma línea de análisis, abordaremos un segundo cuento nuevamente de Inés Arredondo, titulado *El pecado*, en donde la valoración recae en la intención del hecho. La escritora nos describe la vida de una familia en donde el padre se siente avergonzado de la forma de ser y actuar de su hijo, aunque él tuviese una facilidad natural para la música. El padre consideraba que un hijo ‘así’, con esas inclinaciones para la música, no le servía. Insistía en que él necesitaba ‘un hombre’ como lo eran sus yernos, que pronto, para fortuna de él, pasarían a ser sus hijos.



Para que Feliciano (el hijo) pudiera seguir con su formación artística, la madre abandona al padre, y se va con el hijo a Europa. Durante todos los años en que estuvieron fuera, ella procuró no separarse de su hijo para que no se corrompiera. La delicada salud de la madre los obliga, tiempo después, a regresar. La madre antes de morir le confiesa al hijo:

- Hijo... él no pudo con la vergüenza... se la quité... con el viaje... te quise... y el pecado no... y no al pecado... en tu mundo el pecado... júrame que no te irás de aquí... ten compasión... lleno de peligros... ten compasión...

Ahora comprendía al fin la decisión de su madre de correr mundo acompañándolo: había sido por amor a su padre nunca a él mismo. Si su padre se avergonzaba de él, su madre había hecho el sacrificio de dejar a su padre para quitarle la vergüenza de los ojos. (Arredondo 1990:139-159)

Cuando las mujeres se encuentran entre su papel de esposas y su papel de madres, la disyuntiva moral se torna más difícil aún. Luce Irigaray, en *La ética de la diferencia sexual*, refiriéndose a la doble moral que se aplica a las mujeres, destaca algunos fragmentos de la *Fenomenología* de Hegel para hacer evidente el papel que 'deben' asumir las mujeres, pues ellas: "deberían renunciar a su sensibilidad, a la singularidad de su deseo para entrar en lo inmediatamente universal de su deber familiar. Sin deseos es como la mujer sería esposa y madre. Obligación pura que la rescata de sus afectos" (Irigaray 1985:93). Con argumentos como éstos, es posible entender el peso de la responsabilidad moral que pone de manifiesta la jerarquía socialmente impuesta y aceptada.

La responsabilidad moral en las mujeres, no sólo tiene intervención en su papel de madres o esposas, lo tiene también en su papel de hijas. La desobediencia a la Ley del Padre, ya sea en la figura del Padre, del Marido o de Dios juega un papel tan preponderante, que el precio a pagar por la osadía de la insubordinación, resulta ser muy elevado. Elena Garro (1920-1998), en *Reencuentro de Personajes* (1982) describe la vida de una chica de una posición socioeconómica privilegiada: Verónica, quien después de abandonar su casa se ve envuelta en una serie de circunstancias de horror y crimen. Verónica, ya no quería vivir en la degradación en la que vivía, quería escapar y no sabía cómo, las personas que la rodeaban eran seres infames, pertenecían al subsuelo, que antes ella había contemplado desde lejos, pero en el que ahora se hundía cada día más. Vivía vertiginosamente, sin embargo, en algún instante de su precipitada carrera, Verónica se detuvo para pensar cómo había llegado a esas circunstancias, en qué momento el mundo le había dado la espalda y recordó:



En la pendiente del mal sólo cuesta dar el primer paso, le habían repetido en su casa. Era verdad, su primer mal paso había sido desobedecer a su padre y casarse sin su consentimiento; después había caído sobre ella el diluvio y desde ese día el terror se apoderó de ella. El miedo la había obligado a huir de su marido, más tarde de Frank, que luego le dio alcance, y ahora debía huir nuevamente. ¿Adónde? Era tarde, ni siquiera podía huir, la detendría la policía. (Garro 1982:29)

Verónica, pagó caro, la desobediencia a su padre, ese 'primer mal paso' la arrastró por la pendiente del mal, hasta llevarla a su propia aniquilación. En estos pasajes, los elementos éticos presentados tienen que ver con la intención, el pecado y la culpa por los actos y su valoración moral ¿cómo aplicar nuestro enjuiciamiento moral?, ¿nuevamente, quiénes representan los prototipos del 'mal'?

Éticamente existen dos posibilidades para abordar la disyuntiva moral: juzgar los actos por las consecuencias que ocasionen (la ética teleológica), o juzgarlos por su apego y distanciamiento del 'deber' (la ética deontológica). En este dilema ético, la jerarquía valorativa que se conjugan para la opción, corresponde a la escala de valores personales que hemos asumido consciente e inconscientemente y que va determinando nuestro 'deber ser y hacer' cotidianos. Son las situaciones extremas, de crisis o de transición, las que nos permiten reflexionar sobre los actos y distinguir los fundamentos que se esconden tras cada acción.

Sin embargo, esta reflexión no siempre llega, lo que hace que al violentarse las normas establecidas moral y socialmente se asuma el acto como pecado o con culpa. Si consideramos que el pecado es ponderado como la trasgresión a la Ley Divina, como lo que nos aparta de lo recto, de lo justo o del bien, conlleva connaturalmente un sentimiento de culpa. Ahora bien, como la confesión del pecado se produce por el lenguaje, resulta factible señalar esta manifestación en la literatura mediante sus diversas modalidades y formas, que van desde la acusación profética, la injusticia, el adulterio, la arrogancia, etc.; estas acciones son identificadas con el pecado y se conciben como una ruptura; es también la experiencia de un poder que se apodera del ser humano a través de esta Ley. En el símbolo del pecado, su intención mayor está en la deshonra, y ésta es una vieja forma de control sobre los seres humanos y específicamente sobre las mujeres, su sexualidad y su responsabilidad materna.

Una vez ejecutada la acción del pecado, surge la culpabilidad, ésta no es sinónimo de falta, más bien tiene varias direcciones en su interpretación como reflexión ético-jurídica, que tiene que ver con la penalidad y responsabilidad; como la reflexión ético-religiosa que se hace sobre la conciencia fina y escrupulosa -muy propia de las mujeres, por ciento-; y como la reflexión



psyco-teológica que se hace sobre el infierno de la conciencia acusada y condenada. Este sentimiento de culpa que arrastra el pecado, recae con todo rigor sobre las mujeres, haciéndolas vivir en pecado y con el peso de la culpa. El pecado y la culpa quedan entonces adscritos al 'mal' como lo demoníaco, el loco amor, la vergüenza, la sinrazón, el escándalo, etc.

Desde nuestra perspectiva, la valoración moral no se empobrece por los cambios que están sucediendo en el mundo. Al contrario, pueden resultar provechosos en la búsqueda de una moral más libre de convencionalismos, prejuicios y falsos tradicionalismos, es decir una moral más acorde a nuestro tiempo.

Podríamos continuar en la exposición de modelos literarios que expresan manifestaciones del 'mal' en sus diferentes géneros; sin embargo por el momento, los modelos retomados son nuestro eje de referencia. Con ellos se puede vislumbrar que la concepción del mal recae necesariamente en una valoración moral que se presenta como un contra valor; es decir con referencia a 'lo bueno' o 'el bien', de tal forma que la concepción que se da del mal no puede ser absoluta, pese a la coincidencia y/o aprobación mayoritaria de la jerarquía de valores, ésta se presenta relativa y circunstancial, de igual manera, las ideas o concepciones de lo 'malo' son cambiantes tanto de manera histórica como real, cambian de una época a otra, de una sociedad a otra o de un estrato social al otro.

Con referencia a las mujeres en particular, podemos pensar que estos mismos modelos literarios, hasta hace unas décadas atrás, hubiesen sido valorados, incluso por las propias mujeres, apegados a la doble moral sexual propia de los sistemas patriarcales como válidos, como normativos. Ha sido el feminismo el que ha contribuido a transformar el sentido axiológico del 'deber' de las mujeres. Se están sentando las bases para pasar de una ética heterónoma a una ética autónoma, en donde las mujeres puedan realizar un estilo de vida propio.

Volviendo a los conceptos fundamentales que nos ocuparon podemos afirmar que las posibilidades artísticas presentadas son a su vez posibilidades de valoración estética y moral; en este caso particular, presentamos ciertas posibilidades del 'mal' atribuidas a las mujeres y aceptadas por éstas. No se trata entonces de asumir el mal, se trata de romper con la doble moral impuesta desde el pensamiento androcéntrico, que bien podría ser, tal como apunta Amelia Valcárcel: No reclamar "el mal por el que se nos ha definido y no queremos tampoco el bien que se nos imputa, sino exactamente vuestro mal". (Valcárcel 1991:183)

El no ser más definida por el 'otro', tendrá que repercutir en una ética que procure la responsabilidad de las mujeres para consigo mismas, que busque su bienestar; y ello significa re/con-



ceptualizar todos y cada uno de los valores tradicionalmente aceptados, darles una dimensión equitativa que permita el libre proceso de los seres humanos como personas.

Siguiendo la línea de análisis establecida para este trabajo, puedo decir que un elemento clave para este cambio, apunta también a la literatura. María Luisa Puga (1944-2004) en *Las posibilidades del odio* (1978), escribe:

Quiero ver, más bien, cómo, dando los tumbos del caso, va a caer el libro en ese espacio definido por la cultura en la que nace. Así, leído, es cómo la literatura se convierte en el alma de la sociedad, en su conciencia, en su memoria. Con ella se nutre la identidad nacional, parece. Se crea una “idiosincrasia”, [...] una experiencia inusitada, ni siquiera demasiado ruidosa, puede ser suficiente a veces para eso que llamamos nuestra visión del mundo se abra un poquito más. Para que de repente broten nuevas presencias, nuevas maneras de acercarse a las cosas. (Puga 1987:165- 166)

Esas nuevas presencias y maneras de acercarse a las cosas, fue la ventana por donde traspasamos en la búsqueda de imaginarios femeninos que nos permitiesen no sólo enfrentar a las mujeres que hemos sido, sino posibilitar la interpretación, más allá de la trasgresión y el mal, de las nuevas mujeres que están emergiendo.

Bibliografía

ARREDONDO, Inés (1990): “La Sombra” y “El Pecado”. En *Inés Arredondo para jóvenes*. México, D. F.: UAS, INBA, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Gobierno del Estado de Sinaloa, SOCICULTUR-DDF.

BLOCKER, Günter (1969): *Líneas y perfiles de la literatura moderna*. Madrid: Guadarrama.

DÁVILA, Amparo (1985): “El Huésped”. En *La Muerte en el bosque*. México, D. F.: SEP/FCE (Lecturas Mexicanas No. 74)

GARRO, Elena (1982): *Reencuentro de Personajes*. México, D. F.: Grijalbo.

GILLIGAN, Carol (1982): *Psicología del Desarrollo Femenino*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.



54 - 54 **Trastocando el mal.**

GONZÁLEZ, Juliana (1989): *El Malestar en la Moral*. México, D. F.: UNAM.

HIERRO, Graciela (2001): *La Ética del Placer*. México, D. F.: UNAM-DIVERSA.

IRIGARAY, Luce (1985): *Ética della Difference Sessuale*. Milano: Feltrinelli.

PUGA, M. Luisa (1987): *Las Posibilidades del Odio*. México, D. F.: Siglo XXI Editores.

VALCÁRCEL, Amelia (1991): *Sexo y Filosofía. Sobre "Mujer" y "Poder"*. España: Anthropos.